



reux, 1771, 1 vol. en 8.º La vida de Caton ha sido escrita por Corn. Nepote y Plutarco.

Historia de
Caton á
César.

LA HISTORIA DESDE CATON HASTA CÉSAR. Caton había elevado la Historia á una altura donde no se elevó despues de él. El libro de los *Origines* fué una brillante y única excepcion. Algunos de los numerosos historiadores que han escrito en latin durante el largo periodo que media entre Caton y César, no están desprovistos, segun parece, de algun mérito; pero ninguno ha dejado un monumento, que por su estilo, extension y exactitud de sus indagaciones, merezca por tanto el nombre de Historia.

La mayor parte no han sido sino analistas, más ó ménos fieles, colectores de materiales históricos, sin cuidarse del arte y del estilo. Así pues, la reseña de los historiadores que ocupan este periodo entre Caton y César, se reduce casi á nombres propios; L. Scribonio, Lilo y Aulo Postumio, de los cuales no se conserva ni áun el título de sus historias. Algo más se sabe de L. Calpurnio Pison Frugio; escribió *Annales*, es decir, una *Historia romana* en siete libros; su estilo era de una sequedad extremada. Cayo Fanio y C. Sempronio Tudetano, escribieron también *Annales*, y sus obras conservaron alguna reputacion hasta los tiempos de César. Lucio Celio Antipater, es uno de los antiguos historiadores más seguido por Lito Livio, y sus *Annales* tenian una gran copia de documentos. P. Sempronio Aselio, tribuno militar que sirvió á las órdenes de Escipion Emiliano en la guerra de Numancia, compendió una relacion de esta famosa guerra. Aulo Gelio nos ha conservado algunos trozos de ella, y son bastante característicos, imitando el estilo de los pontífices.

A este género de materiales históricos pertenecen también las *Autografías* ó *Memorias* de M. Emilio Scaurto y P. Rutilio Rufo, así como las *Memorias* de Sila, que sirvieron á Plutarco para escribir la vida de este dictador; algunos creen que estas *Memorias* fueron coordinadas por su liberto Cornelio Epicadio.

Las *Memorias* de Sila debian comprender en el más alto grado ese interés humano que se busca en todas las *Memorias* de hombres famosos.

Las de Q. Lutacio Catulo, el vencedor de los cimbrios, eran, más bien que una autografía, una relacion de las operaciones estratégicas de Catulo.

Lucio Cornelio Lisena escribió la *Historia de las guerras civiles de Mário y Sila*; esta era muy notable cuando Salustio no creyó rebajarse escribiendo su continuacion.

Q. Claudio Quadrigario y Q. Valerio de Antio, escribieron *Annales*, de los cuales se conservan algunos fragmentos. Quadrigario, sin ser un narrador muy hábil ni un escritor consumado, no le falta gusto y elegancia.

Por último, escribieron en esta época *Annales*, C. Licinio Macer, muy seguido por Tito Livio; L. Octacilio Pilito, sobre las hazañas de Pompeyo; Q. Elio Tubero, autor de muchos *Annales*; Vennonio, Munatio Rufo, Q. Delio, de las que no se conservan más que los nombres.

CAYO JULIO CÉSAR. Habiéndonos de ocupar en el lugar correspondiente de este hombre notable, uno de los más grandes de la antigüedad, trataremos aquí únicamente de él como historiador.

Cayo Julio
César.

La Historia, tal como César la trató, no es precisamente la que traza los caracteres y coloca sus relaciones en cuadros, que nada desprecia para hacer notar de la manera más clara y terminante las causas y los secretos de los acontecimientos. César se limitó á decir lo que él mismo habia hecho y lo que habian ejecutado sus adversarios. César, sin arte ni adorno, narra á César al mundo, pero sin hacer sentir jamás el interés profundo que el historiador despierta en favor de sus héroes. Pero no es sólo la forma, sino que también se halla despojada completamente de la personalidad de su autor, en tales términos, que si no estuviera fuera de toda duda la autenticidad de los *Comentarios*, César seria el último á quien se atribuirian, atendiendo á las reglas de la crítica vulgar.

M. Nisard señala los defectos de César en los siguientes términos: «El único defecto literario de las *Memorias* de César, es la falta de estudio, y por decirlo así, la práctica del autor para hacerse agradar por las perfecciones discretas y encubiertas. Las obras de este género pasan por encima, sin que el espíritu se



fije en ellas; su modestia las oculta. Segun el lenguaje del mundo, es preciso cierta habilidad para recomendarse y hacerse útil. La máxima entre los autores no es ménos verdadera. Si no hacen nada por atraer las miradas, se exponen á que nadie se fije en ellos. Un poco de esta habilidad siempre es recomendable, con tal que no sea más que un incentivo sencillo para atraer á la verdad.»

Esto explica por qué César, como historiador, ocupa generalmente, en el aprecio de los hombres esclarecidos, un lugar tan inferior del que debiera ocupar. No faltan algunos que dicen que no puede compararse en lo más mínimo á Salustio, y que le separa una gran distancia de Tácito ó de Tito Livio. Los más, que no atienden sino á la latinidad, ven en César muchas veces la repetición de las mismas palabras á poca distancia de los periodos, sin tratar de comprender y estudiar su táctica y su política, admirando su genio. Pero es preciso convenir, que César mereceria servir para otra cosa que para probar las reglas gramaticales.

En cambio algunos, como Vossio, le han colocado en el primer rango de los historiadores. Ciceron alaba su estilo rápido, sencillo y natural. Enrique IV y Napoleon, hacian de los *Comentarios* su lectura favorita; todos los críticos dignos de este nombre han celebrado á porfia el genio literario de César; y hé aquí una página del gran historiador Juan Müller, donde se verá la figura de César rodeada de una verdadera aureola de luz: «Es imposible escribir con más elegancia y pureza; tiene la verdadera precision, que consiste en decir todo lo necesario, sin una palabra más. Escribe como hombre de estado, siempre sin pasion. Tácito es filósofo, orador, y á todos estos títulos añade el de apasionarse con frecuencia. En César, al contrario, se encuentra una elegancia maravillosa, el don tan poco vulgar, no sólo de no decir nada de más, sino, lo que es más difícil, el de no omitir nada esencial; una armonia siempre apropiada á la gravedad del asunto, y sobre todo una singular igualdad de estilo, una medida siempre perfecta: todas estas cualidades justifican á mis ojos la expresion de Tácito, *el divino Julio, el más grande de*

los autores. Su estilo es la imágen de su carácter.»

Escribió dos libros de la *Analogía en el lenguaje*; sobre los *augures* y los *auspicios*; colecciones de *dichos* y *apoteogmas*; una tragedia de *Edipo*; un poema sobre la *marcha de los astros*, etc. Todas estas obras se han perdido, y sólo quedan algunos fragmentos.

Nos queda de él los *Comentarios* ó *Memorias* sobre la guerra de las Galias y sobre la guerra civil. Consta la primera de siete libros, y las *Memorias sobre la guerra civil* de tres. El libro VIII, que completa la primera obra, es probablemente de Hirtio. Los escritos sobre las guerras de Alejandria, de España, de Africa, se atribuyen por algunos á Hirtio, por otros á Cayo Oppio, y por otros, en fin, á diversos autores.

Lo único que se sabe de cierto, es que estos escritos no son auténticos; son sólo el complemento de la narracion de la guerra de las Galias, y no merecen llevar el nombre de César.

Los *Comentarios* no eran realmente, segun el pensamiento de César, sino lo que indica su título, es decir, simples *Memorias*, consignadas por escrito, dia por dia, precipitadamente y sin pretensiones, á proporcion de los acontecimientos. Eran, en una palabra, los documentos que habian de servir más tarde para escribir la historia de sus campañas. Pero un hombre como César no sabia tocar nada sin dejar allí las huellas de su genio. Esta obra, formada con tan pocos esfuerzos, es una de las más notables que ha producido literatura alguna. Cuando César publicó los *Comentarios*, todos saludaron en él al primero de los historiadores romanos. A las bellezas literarias, elogiadas por todos los hombres notables, hecha excepcion de algunos gramáticos, como ya hemos dicho, reúne esta obra otras más notables. César hace conocer con la claridad y precision del guerrero el aspecto de los lugares, las costumbres de los pueblos, el carácter y las causas de los sucesos, aunque se le tacha de inexactitud ó de parcialidad en sus narraciones de la guerra civil. Por último, Bossuet, en su *Carta al Papa Inocencio XI* sobre los estudios del Delfin, señala con una admirable bondad de expresiones las



excelencias de los *Comentarios* de César: «Él (el Delfin) admiraba á César como un excelente maestro, para hacer grandes cosas y para escribirlas. Le miraba como un hombre de quien necesitaba aprender á hacer la guerra. Seguimos al capitán en todas sus marchas; le vemos hacer sus campamentos, colocar sus tropas en batalla, formar y ejecutar sus intentos, elogiar y castigar á propósito á sus soldados, ejercitarles en el trabajo, elevarles el corazón por la esperanza, y sostener siempre alentado su espíritu; conducir un poderoso ejército sin perjudicar al país, conservar en el deber á sus tropas por medio de la disciplina, y á sus deudos por la fe y la protección; mudar su forma, según los lugares donde hacía la guerra y según los enemigos que había de combatir; marchar algunas veces lentamente, pero con más frecuencia usar de una diligencia y rapidez que el enemigo, sorprendido y estrechado de cerca, no tenía ni tiempo para deliberar, ni el necesario para huir; perdonar á los vencidos, abatir á los rebeldes, gobernar con habilidad los pueblos subyugados, y hacerlos encontrar dulce la victoria para asegurarla mejor (1).»

CORNELIO NEPOTE, historiador latino: nació en Verona, ó en sus cercanías, unos 100 años antes de la era vulgar. Fué contemporáneo y amigo de Cicerón, de Attico y del poeta Catulo, que le dedicó sus poesías. Había compuesto una especie de Historia universal (*Crónica*), en 3 libros, apreciada por los antiguos, y los

(1) Los *Comentarios* de César han sido muy frecuentemente publicados. Las principales ediciones, son: las de Orbelin, en 8.º, Leipzig, 1805; de Achaintre y de Lemaire, en la *Biblioteca latina* de Lemaire, 4 vol. en 8.º, París, 1819-1822; de M. Chr. Schneider, en 8.º, Hall, 1840-52.—Las principales traducciones francesas, son: las de Perrot d'Abancourt, en 4.º, 1650; de Toulangeon, 2 vol. en 18.º, París, 1813 y 1826; de M. Artand, 3 vol. en 8.º, París, 1832, en la *Biblioteca latino-francesa* de Panckouke. La *Vida de César* ha sido escrita en latin por Suetonio; en griego por Plutarco; Petrarca ha publicado en latin una *Historia de J. César*, impresa muchas veces bajo el nombre de J. Celso, nuevamente publicada por M. Schneider, Leipzig, 1827, en 8.º; en fin, Napoleón I escribió en Santa Elena un *Resumen de las guerras de César*, un vol. en 8.º, París, 1836, obra muy interesante, sobre todo por las observaciones que el autor ha hecho á continuacion de cada capítulo.

Libros de ejemplos, especie de moral en accion. Por último, las *Vidas de hombres ilustres* comprendian las biografías de los grandes generales, de los historiadores griegos y latinos, de los reyes y los poetas tambien romanos. No tenemos más que la biografía de 22 generales extranjeros, la de Attico, y una parte de la de Caton. Algunos sábios creen que las 22 primeras no son sino los extractos hechos por un contemporáneo de Theodosio, Emilio Probo, bajo el nombre del cual han sido publicadas hasta el siglo XVII. Los errores de historia y de cronología que se encuentran, la brevedad de su narracion y la extremada sencillez del estilo, dan algun fundamento á esta opinion, que mientras tanto hoy sigue siendo un problema (1). Si hubiera de atribuirse á Cornelio, entonces ocuparia un lugar muy distante del de César y Salustio; y sin embargo, todos reconocian en él estimables cualidades de escritor, por lo cual se cree que la obra actual no es más que un extracto de la verdadera. Sea como quiera, prueba un gran adelanto en los romanos sobre el modo de escribir la historia en esta época.

CAYO SALUSTIO CRISPO, historiador latino: nació en Amiterno, en el país de los Sabinos, el año 668 de Roma (85 antes de Jesucristo); murió el año 718. Era de una familia plebeya; recibió una notable educacion, que no desenvolvió en él más que el germen de sus talentos, no el de las virtudes.

Pasó su juventud en Roma en medio de las prodigalidades y de la licencia, fué questor y tribuno de la plebe, sirvió á los furioses de Clodio, se dejó sorprender en adulterio con Fausta, mujer de Milon, y fué excluido del Senado el año 704 por los censores, bajo el pretexto de esta escena escandalosa, pero en realidad, á causa de sus opiniones demagógicas.

(1) Las ediciones principales de Cornelio Nepote, son: las de Lambin, París, 1569; de Bossius, Leipzig, 1657 y 1675; de Staveren, Leyda, 1734 y 1773; de Bardili, Stuttgart, 1820; de Bremi (con las notas en alemán), Zurich, 1827; de Roth, Basilea, 1841, etc. Se tienen las trad. franc. del abate Paul, 1781; de Radonvilliers y Noel, 1807; de Calonne y Pomrisier, en la *Biblioteca lat.-fran.* de Panckouke, 1829, en 8.º



Entonces fué cuando, condenado á la inmovilidad, buscó una ocupacion en el cultivo de las letras, y escribió la *Conjuracion de Catilina*. Un año despues llegó á ser uno de los agentes de César, que le empleó en Africa como propretor; despues le nombró, en 45, procónsul de Numidia, donde cometió las más terribles exacciones. De vuelta á Roma, sus antiguos administrados le acusaron allí de concusion. Fué absuelto, á pesar de la evidencia de los hechos, pero por la influencia de César, al cual entregó sumas considerables. Se hizo construir sobre el monte Quirinal un magnífico palacio, rodeado de vastos y deliciosos jardines y adornado de todas las maravillas de las artes. Este palacio fué más tarde la residencia favorita de muchos emperadores. En él pasó Salustio los últimos años de su vida, en medio del lujo y de los placeres; pero sin estar en una completa indolencia, pues consagraba parte del tiempo á la composicion de una gran obra de historia.

Escribió el año 709 la *Guerra de Yugurta*, cuyo proyecto concibió y empezó sobre los mismos lugares durante su proconsulado de Numidia. Poco despues emprendió la composicion de una historia, que, enlazando las dos anteriormente escritas, formasen un todo, abarcando tambien los sucesos posteriores á la muerte de Sila; pero de esta *Historia de Roma despues de la muerte de Sila*, no se conservan sino algunos fragmentos aislados.

El juicio de los antiguos sobre Salustio no puede ser más diverso. Algunos contemporáneos, como César y Polion, notaban en él afectacion y arcaísmos, aunque eran amigos del historiador. Sus enemigos le trataban de plagiario de los antiguos escritores.

Quintiliano se hace eco de este dictado. Séneca, que compara á Salustio con Thucídides y que da la preferencia al historiador latino, nos dice que Tito Livio era de un parecer totalmente contrario al suyo, y que tachaba á Salustio de haber perjudicado á Thucídides imitándole. Tácito proclama á Salustio como el más insigne de los historiadores romanos; Marcial le coloca el primero. Aulo Gelio le caracteriza de escritor sábio, compendioso y bre-

ve; alaba la belleza y elegancia de su estilo, y dice que sus obras han sido objeto de ciertas censuras bastante fundadas; la mayor parte de las críticas de sus detractores eran sin justicia ni razon.

Algunos escritores distinguan en Salustio al narrador y al orador, y preferian sus relaciones á sus arengas. Esta opinion es singular. Salustio, sea la opinion de Séneca ó de Casio Severo, nunca es inferior á sí mismo; igual arte emplea en sus arengas que en sus narraciones, y tanto valen unas como otras. En prueba de ello, léase el discurso de Micipsa ó el de Mário, y todos los que hay en *Yugurta* ó en *Catilina*, y en las narraciones de la *Historia romana*.

Ante todo, la historia de Salustio se distingue como composicion literaria; tambien es sobre manera notable Salustio, por sus cualidades de escritor, vigor del estilo, brevedad de la narracion, expresion en las descripciones, y fidelidad y semejanza en los retratos de los personajes. Mas los hechos, sobre todo en la *Conjuracion de Catilina*, no se presentan siempre claros; apenas se comprende el sentido, la extension del complot, y cómo no pudo salir bien.

En la *Guerra de Yugurta*, obra muy superior á la precedente, los lugares están descritos bajo una forma vaga, pero las maniobras están bien explicadas. En los discursos, imita mucho á Caton, del cual reproduce las palabras y los giros con alguna afectacion.

Se le atribuyen tambien dos *Cartas á César sobre el gobierno del Estado*, que entrañan muy buenas ideas, pero expuestas con mucha adulacion.

Casi no hay nada de comun entre el autor de *Catilina* y de *Yugurta*, y el autor de los *Comentarios*; las cualidades de uno y otro son completamente opuestas. Así, mientras que César cuenta lo que ha hecho, sin otro propósito que ser narrador sencillo y veraz, Salustio escribe por escribir; es un hombre desocupado que se vale de este medio para llenar útilmente las horas y pasar el tiempo; que transcribe á capricho sus reflexiones sobre los diversos puntos de la historia nacional, que dispone artística-



mente sus materiales, y que atiende ante todo al interés de sus narraciones y á la perfeccion de su estilo. Salustio no se ciñe, como César, á dejar obrar á sus personajes. Apenas se le presenta un hombre, viste y traza su retrato, de color más ó ménos subido, segun la importancia del personaje; y estas pinturas de sus caracteres pasan, con razon, como los más notables trozos de sus obras. Un adorno no ménos notable de sus sábias composiciones, son sus arengas, donde el historiador reproduce á su manera los discursos que se han pronunciado al efecto, ó inventa los que hubieran podido ser, conformándose en el parecido al asunto, á las cualidades del sujeto, al tiempo, al lugar, á su situacion, á sus costumbres y á las pasiones que le animan.

Nada parecido existe en las narraciones de César. Este se limita, en general, á atenerse, cuando se ha hablado, al sentido de las palabras pronunciadas. Los discursos no son sino arengas militares, extremadamente cortas, tales como las circunstancias las han producido, y que, segun las palabras de un crítico, en lugar de suspender la accion la continúan; Salustio coordina los hechos en un orden un poco arbitrario, de donde las primeras ideas aparecen brillantemente iluminadas, se sacrifican ciertos detalles al buen efecto, y se regulan á capricho sus aspectos, de modo que puedan satisfacer completamente al lector. En una palabra, Salustio hace cuadros pintados con perfeccion. César ignora este arte, ó quizá mejor, ha querido ignorarle. César se abstiene de disertar, y es bastante raro que se permita estas disertaciones, fuera de algunas simples reflexiones que sugieren los sucesos, casi sin quererlo. Salustio, al contrario, gusta de escribir sentencias más ó ménos morales, y cifra su aspiracion en que se le tome por un pensador profundo, por un novelista, por un filósofo austero.

En cuanto á su estilo, el contraste es tambien completo. César es la claridad misma; Salustio es conciso hasta la oscuridad. En fin, Salustio ama los helenismos, las antiguas locuciones, las palabras desusadas; mientras que César se ciñe á este latin puro que era en Roma lo que en Grecia el aticismo.

Salustio y Tácito tienen un modelo comun, Thucídides; ambos aspiran á la profundidad y afectan la concision. Mas no son siempre dignos del incomparable historiador del Peloponeso; su profundidad con frecuencia es más aparente que real, y su concision es muchas veces el resultado de la concentracion de los pensamientos. Ambos se ocupan principalmente de la forma, tienen la pretension de conocer á los hombres y la misma tendencia á explicarlo todo por sus pasiones. Pero hay diferencias muy notables entre ellos.

Salustio, más aún que Tácito, es un artista; pero un artista de genio. Para él, más que para ninguno, ha podido inventarse la famosa divisa: *Todo por el arte y para el arte.*

Dicen que antes de escribir sus libros, se habia hecho extractar, por no sabemos qué gramático ó literato, un compendio de historia romana; y de este compendio elegia tal ó cual punto, á su manera, para desenvolverle y adornarle despues con su ingenio. Parece confirmar esta tradicion el pasaje de Catilina (capítulo IV), donde habla de su propósito de no escribir más que sobre trozos sueltos, y de escoger, segun su misma expresion, *Carptim*, en la historia del pueblo romano los hechos á su entender más memorables. *Catilina* y *Yugurta*, segun esta tradicion, serian dos episodios y partes integrantes de una misma obra. Mas los antiguos citan siempre estas dos obras como dos libros aparte, jamás como componentes de la *Historia romana*, y esto induce á creer que eran la introduccion ó el complemento de la *Historia Universal*.

Tácito, al contrario, no ha pensado un instante en poner de acuerdo su *Agrícola* con sus *Historias*. Sus *Anales* forman un todo, sus *Historias* son otro; por esto ha sido verdaderamente más historiador que Salustio.

Pero hay puntos donde existe la más perfecta afinidad. En efecto: nada hay que se parezca tanto como *Yugurta* y la *Germania*; en los cuadros de costumbres hay la misma exactitud, los mismos colores sábiamente dispuestos, y en una palabra, la misma perfeccion. En fin, se dice de Tácito, que parecia haber asistido á los consejos secretos de todos los



principes. Salustio á su vez, si puede hablarse así, hace la anatomía de todos estos personajes. El uno quiere ser un político, el otro quiere ser un filósofo (1).

Tito Livio. Nació en *Patavium* ó *Pádua*, bajo el consulado de Pison y de Gabinio, el año 694 de Roma (59 antes de Jesucristo), 15 años antes de la muerte de César. A la edad de veinticuatro años vino á Roma, donde permaneció largo tiempo. Se hizo amigo de los personajes más distinguidos de la corte de Augusto, y aun de este mismo. Se dice que le encargó de dirigir la educacion del jóven Claudio; que si no le trasformó en un hombre de espíritu recto, le hizo un hombre instruido y amante de las letras.

Tito Livio no aspiró ni á la fortuna, ni á las dignidades, y no aprovechó la influencia que en la corte disfrutaba, más que para poner á su disposicion los tesoros de los antiguos archivos de Roma, á fin de adquirir los materiales necesarios para la construccion del vasto monumento histórico cuyo pensamiento habia concebido.

Consagra su vida entera á ejecutar este pensamiento en todas sus partes; bien es verdad que era grandioso, pues comprendia la historia completa y detallada del pueblo romano, desde la fundacion de Roma hasta la guerra de Germania y la muerte de Druso, hijo menor de

(1) Las principales ediciones de Salustio, son: la de Roma, 1470; d'Elzevir, Amsterdam, 1734; *Cum notis variorum*, Amst., 1674 y 1690, en 8.º; *Ad usum Delphini*, 1679, en 4.º; de Cortius, Leipzig, 1724, en 4.º; d'Habercamp, Amst., 1742, 2 vol. en 4.º; de Barbou, Paris, 1744 y 1761; de Deux Ponts, 1779; de Kuhnhardt, Leipzig, 1809, 2 vol. en 8.º; de O. M. Müller, Zúlichau, 1821, en 8.º; de Gerlach, Basilea, 1823-1831, 3 vol. en 4.º; de Burnouf, en la *Biblioteca latina* de Lemaire, Paris, 1821, en 8.º; de Planche, 1825, en 8.º; de Kritzius, Leipzig, 1828-34, 2 vol. en 8.º, etc.—Las principales traducciones francesas, son: la de Doteville, de Beauzée, de Mollevaut, de Billecog (*Catilina* solo), de Dureau de la Malle, 1808; de Durozoir, en la *Biblioteca latino-francesa* de Panckouke, 1833-35, 2 vol. en 8.º; de M. Parisot, 1837-38, 2 vol. en 12.º; de M. Gomont, 1855, 2 vol. en 8.º; de M. Croizet, 1850, en 12.º; de M. Moneourt, 1855, 1 vol. gr. en 18.º; esta última es una de las más notables. (V. *De Ingenio philosophico Salustii*, Cobourg, 1779, en 4.º)

Augusto, el año 743 de la fundacion de dicha ciudad.

No contamos entre sus trabajos, el tratado que escribió, segun se dice, para instruccion de sus hijos. Publicó simplemente uno ó muchos libros, á medida que les iba dando la última mano; y no es creible que los publicase por décadas, ó de diez en diez libros, como otros quieren suponer, fundándose en la division que Tito Livio hizo de su obra.

Sea como quiera, resulta indudable que no tardó en colocarse en el rango de los primeros escritores, disfrutando largo tiempo de su gloria. Un hecho contado por Plinio el Jóven nos demuestra hasta qué punto era envidiable y esclarecida su gloriosa reputacion. Un habitante de Gades (Cádiz), despues de haber leído su obra, hizo expresamente un viaje á Roma para ver á Tito Livio, y habiéndole visto, volvió á tomar el camino de España. San Jerónimo tambien nos indica varios viajes de galos y españoles, únicamente por tener la satisfaccion de ver y contemplar á Tito Livio; cuya relacion es más bien una ampliacion de la de Plinio el Jóven.

Despues de la muerte de Augusto, Tito Livio salió de Roma y se fué á vivir á Pádua, donde pasó sus cuatro últimos años. Allí murió el año 18 de la era cristiana, á la edad de 66 ó 67 años.

Tito Livio, tal como nos le presenta su obra, era un hombre de corazon sencillo y de noble carácter. No perdió nada de su brillante imaginacion, aun permaneciendo en la corte de Augusto. No disimulaba su pasion por las antiguas instituciones romanas, ni su admiracion por los célebres vencidos del antiguo orden de cosas, Pompeyo, Ciceron, Caton: Augusto, que tenia la buena cualidad de no enfadarse nunca, la única venganza que tomó con Tito Livio fué el llamarle Pompeyano.

Compuso los tratados de Filosofia y los diálogos que dedicó á Augusto, cuyas obras se han perdido. Su reputacion se halla vinculada á su célebre obra *Historia romana*, ó más bien *Anales*, como el mismo la habia titulado, ó tambien, si se quiere, las *Décadas*, con cuyo nombre se la designa frecuentemente. Te-



nia 142 libros, es decir, de una extensión doce ó quince veces mayor que la obra de Herodoto.

Comenzó esta gran composición después de la batalla de Actium, y le ocupó veintinueve años. No poseemos más que la primera década entera (458 años); también se conservan la tercera, la cuarta, y la mitad de la quinta (51 años), en junto, treinta y cinco libros enteros, sin contar los libros 91 y 120, los fragmentos más ó menos insignificantes de la mayor parte de los otros, y un *Építome* ó sumario de las diversas partes de la obra, cuyo compendio es de una época desconocida, y se atribuye á un tal Floro, y por algunos al mismo Tito Livio.

Freinshemius ha ensayado llenar estos vacíos con el auxilio de *Suplementos*. En algunas ediciones antiguas, la obra está dividida en *Décadas*; pero esta división parece pertenecer á los primeros editores, según antes con idéntico motivo hemos dicho.

La *Historia romana* de Tito Livio es notabilísima, no sólo por el fondo, sino también por la forma. Es una magnífica biblioteca, donde encontramos descritos con brillantes é imperecederos colores, todas las tradiciones de los primitivos tiempos, los hechos cantados por los poetas, los sucesos consignados por los analistas en sus libros; todo lo que se sabía en su época y todo lo que se podía saber. Tito Livio ha sido el Homero del pueblo romano; quiso elevar un monumento á la gloria de su país; este es el pensamiento que le domina, el que preside á su gran obra, y para cuya realización empleó gran parte de su vida. Mas no se contentó con hacer una obra completa, sino que empleó todos sus esfuerzos para que resplandeciera en ella la verdad. Para cumplir este deseo, contiene los ímpetus de su imaginación, y no ha sido poeta más que en los detalles y en el estilo, ó en la disposición de las partes. En cambio, en todas ellas quiere justificar á los romanos, reconoce sus faltas cuando están probadas; pero cuando puede encubrirlas, lo hace: tiene en su contra que, á pesar de haber escurriñado todas las fuentes históricas, ha despreciado los *Anales de los pontífices* y se ha servido de los historiadores que le habían precedido. A esto se debe sin duda el que no nos ha-

ya dado una relación ingenua y exacta de los primeros siglos de Roma; si bien es verdad, que aun dada su perseverancia, su buen deseo, sus felices indagaciones, no hubiera conseguido mucho para llenar este vacío, pues los documentos originales habían perecido con la toma de esta ciudad por los galos; tenía, pues, que limitarse á lo que por tradición se refería de los hechos notables de esta época, ó que, salvado del incendio, se conservaba en la memoria de los hombres y se había consignado más tarde en los poemas, en las crónicas y en los libros de toda especie.

No obstante, en este punto debemos tener alguna circunspección. Tito Livio, llevado por el patriotismo, no ve con bastante claridad y precisión los orígenes de Roma; la idea de la ciudad eterna y de la capital del mundo oculta la de la ciudad de Rómulo y Tarquino. No dijo lo que manchaba el honor del pueblo-rey, ó ha aparentado ignorarlo. Así, por ejemplo, parece indudable que Porsena y los Etruscos entraron en Roma. Tácito y el mismo Plinio citan un artículo del tratado que se hizo con motivo de la toma de esta ciudad. Tito Livio hubiera podido combatir la tradición popular sobre este punto, y no ha tenido valor suficiente para oponerse á esta predisposición, lo que hubiera halagado su amor propio de romano. En cuanto á esta parte de la Historia, en donde los documentos auténticos abundan, Tito Livio deja mucho que desear. Ha tenido el buen sentido de tomar por base las narraciones de Polibio, pero consulta también los escritores romanos. Procura, por medio de ingeniosas explicaciones, conciliar las autoridades divergentes, y completa los diversos testimonios los unos por los otros. Algunas veces se separa de su guía ordinario, pero otras le imita ó copia servilmente. Así, nada hay más parecido que la descripción del paso de los Alpes por Aníbal según Tito Livio, y la que nos da Polibio. Tito Livio no inventa nada; mas escoge según su buen criterio, y su procedimiento le lleva muchas veces hasta donde no quisiera.

Entre dos hechos, dice un crítico, de los cuales el uno es descarnado y el otro interesante, se inclina hácia el segundo; entre la verdad,



que le privaría de una bella descripción, y lo verosímil que abundante materia le suministra, escogerá lo verosímil. ¿Es necesario acusarle por su falta de sinceridad? No ciertamente; pero es necesario decir que se ha dejado llevar por esta inclinación, que él mismo indica en alguna parte, como el defecto más habitual de los escritores, á saber: una facilidad muy grande para recibir como prueba lo que no prueba nada, y desechar algunas aserciones de que habría necesidad de hacerse cargo.

Tito Livio cuenta muchos prodigios; mas los cuenta como los ha visto consignados en los antiguos autores, ó como á él se los han narrado. Puede ser que él los creyera, ó que generalmente fueran creídos; pero nos los da como hechos inconcusos y que sería criminal ponerlos en duda. Él es crédulo, es verdad; mas nunca abriga la pretensión de imponer su fe. Estas leyendas maravillosas son un encanto de más, de las cuales no conviene, sin embargo, que estuviera despojado. Tiene muchas historias que no se pueden leer, y no puede creerse que un historiador haya hecho uso de ellas, sino para hacer su lectura agradable. Esto es tan necesario, que, como dice Quintiliano, el historiador debe agradar al lector, como el orador á su auditorio; y Quintiliano tiene razón.

Los modernos tachan á Tito Livio de no haberse ocupado bastante de la constitución de Roma, y de falta de curiosidad por la política de su país. «Si algunos sucesos interiores, dice M. Nisard, le invitan á ocuparse de ellos, no los examina á fondo; y ya sea sobre los propósitos del Senado, ó las luchas de los partidos, ó ya sobre algunas grandes medidas que se refieren á la constitución, se limita al papel de testigo, viendo las cosas por el exterior y desde lejos, huyendo siempre de penetrar en ellas, y confiando en el talento de los que gobiernan. Admirable disposición para escribir la historia de todo lo que pasa en el mundo exterior y en pleno día, guerras, emociones populares y escenas del foro; pero que no convienen más que los sucesos que se refieren al interior, á los consejos privados y á los secretos de la política; sobre todo, cuando la suerte de Roma

dependía de alguna resolución tomada entre los cuatro formidables muros en donde deliberaba el Senado.»

Otros críticos echan de ménos que no se encuentren en Tito Livio los detalles circunstanciados sobre los progresos de las ciencias y de las artes, sobre la antigua literatura romana, sobre los diversos asuntos que preocupan la erudición de nuestros días. Es muy deplorable que una tan grande y tan notable obra tenga tales faltas; pero es ya mucho pedir á un narrador incomparable, y censurarle por que no es también un gran político.

Los antiguos y los modernos no han encontrado calificación más justa y más característica para Tito Livio, que llamarle Herodoto.

En efecto, existen entre los dos semejanzas muy notables, y casi hasta exactitud perfecta en la comparación. Hay pocos poetas que lo sean en más alto grado que estos dos prosistas. La viva intuición de los hechos les hace presentarlos de tal manera, como si pasasen á nuestra vista; y sus descripciones vienen á ser la vida misma de los pueblos, transportada completamente, como por una especie de magia, sobre estas páginas maravillosas, donde les vemos moverse en nuestro derredor y desenvolverse.

Herodoto nunca se acalora: deja á los hechos el cuidado de que interesen por sí mismos al lector: otro tanto puede decirse de Tito Livio. En cuanto á la buena fe y á la ingenuidad, Tito Livio no le cede á Herodoto ni á nadie, y tiene más arte que el historiador jónico. Ambos se dejan llevar por el mismo deseo de tomar los encantos de las leyendas populares. Son dos talentos del mismo linaje.

Los contemporáneos de Tito Livio admiraban su estilo; pero los más delicados le tachaban de *patavinidad*, sobre cuyo defecto no podemos hablar más que por conjeturas. Tito Livio era de *Patavium*, y en concepto de los críticos, la *patavinidad* era una especie de carácter provincial, efecto del cual afeaba la historia, con este sello especial característico del lenguaje de su país. Este provincialismo consistía, al parecer, en construcciones duras ó viciosas, en la poco escogida unión de las pala-